Medio siglo con Luis Cernuda

Vivir sin estar viviendo

Vicente Quirarte

Al cumplirse cincuenta años del fallecimiento de Luis Cernuda, presentamos dos cartas inéditas que el poeta, exiliado en Inglaterra en 1938, envía al filólogo Américo Castro y en las que, como explica el investigador James Valender, una de las mayores autoridades en su obra, el autor de Las nubes *comenta hechos de la política europea que antecedieron a la Segunda Guerra Mundial. Nuestro expediente cernudiano también incluye un ensayo de Vicente Quirarte sobre la figuración de lo mexicano en la obra última del escritor español, así como una entrevista de Valender y Paloma Ulacia con Paloma Altolaguirre, en la que se recuerda la estancia de Cernuda en el barrio de Coyoacán, en la Ciudad de México.*

"Su voz llega cálida, henchida, apasionada de odio, de ira, de amor, de desesperación, más vívida siempre que estas miserables sombras que se agitan en torno nuestro sobre la superficie de la tierra, bajo la luz divina que no merecen". Las palabras anteriores fueron escritas por Luis Cernuda a propósito del epistolario de Jean-Arthur Rimbaud. Si bien definen la vertiginosa cauda del niño-genio de Charleville, al mismo tiempo constituyen un retrato del propio poeta sevillano.

En 1991, con motivo del centenario de la muerte de Rimbaud, Alain Bohrer habló de que el recordatorio no duraría sólo el año centenario: con él comenzaba el tiempo de Rimbaud. De igual manera, las diversas lecturas que aun en vida de Luis Cernuda y después de su entrada en la inmortalidad se han hecho sobre su obra-vida confirman las palabras de Philip Silver, en el sentido de que "es el poeta de ayer, de hoy y de mañana". Para fortuna de Cernuda y de la poesía, los homenajes a él no han sido fuegos de artificio sino lecturas revisionistas que han permitido examinar aspectos inéditos de su vida y su obra. Las últimas generaciones se sienten imantadas por sus numerosos enigmas pero a la admiración se une también el cuestionamiento. La exposición montada primero en la Residencia de Estudiantes de Madrid y después en Sevilla, obra del fervor y el conocimiento de James Valender, apoyada en una nueva y numerosa iconogra-

© Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid

Luis Cernuda en Sevilla, 1914

fía, multiplican el retrato de Luis Cernuda, su participación en las Misiones Pedagógicas, su encarnación del mito de Narciso, sus más que numerosas sonrisas, su curiosa faceta como fotógrafo de niños. Igualmente, el espléndido catálogo de la exposición reúne colaboraciones de primer orden, la mayor parte de las cuales evade los lugares comunes de la crítica cernudiana para ofrecer un poeta más vivo que nunca.

¿Qué habría pensado Cernuda de éste y los demás homenajes que se le han hecho? La inmediata respuesta se halla en unos versos suyos: "¿Oyen los muertos lo que los vivos dicen de ellos? / Ojalá nada oigan: ha de ser un alivio ese silencio interminable / para aquellos que vivieron por la palabra y murieron por ella". Sin embargo, pocos poetas como él han sido tan conscientes del diálogo que sus palabras y sus actos —la congruencia entre vida y escritura— habría de mantener con las generaciones venideras, como lo advierte en el texto "A un poeta futuro": "Escúchame y comprende. / En sus limbos mi alma quizá recuerde algo, / Y entonces en ti mismo mis sueños y deseos / Tendrán razón al fin y habré vivido".

En 1962, un año antes de morir, Cernuda recibió uno de los más auténticos homenajes, el brindado por la revista *La Caña Gris*. Si bien se incluyen colaboraciones de sus contemporáneos, es la voz de los jóvenes la que más nos interesa, desde el cuestionamiento que Tomás Segovia hace de la particular sintaxis cernudiana hasta la valoración moral de uno de sus mejores herederos, Jaime Gil de Biedma: "Cernuda es hoy por hoy el más vivo, el más contemporáneo entre todos los grandes poetas del 27, precisamente porque nos ayuda a liberarnos de los grandes poetas del 27". Escrita hace medio siglo, la frase de Gil de Biedma resulta de una gran actualidad. Los poetas del 27 nos enseñaron a ver a los clásicos como nuestros contemporáneos; a dibujar con un lápiz ágil y seguro que tiene la permanencia de la tinta; a hacer de los poemas edificios tan sólidos como las catedrales; a jugar con seriedad, a devolver a la crítica su categoría de arte mayor.

Los poetas del 27 nos enseñaron. Luis Cernuda nos enseña porque su poesía renace en cada nueva generación de lectores para cumplir el binomio Obra-Vida que Alain Bohrer exige para leer ese género literario llamado Arthur Rimbaud y que tantas afinidades tiene con Cernuda en su búsqueda del absoluto, en la sed de silencio, en la renuncia. Ambos descubrieron y llevaron a la práctica la frase estremecedora y enigmática "Yo es otro" y dedicaron su vida a defender esa verdad. Cernuda no es un poeta de mausoleo sino un autor cuyas palabras acompañan intensidades luminosas y oscuras de nuestra diaria aventura. No es poeta de deslumbramientos fugaces: su brillo es como el de las estrellas, de larga duración. Sol negro como el de Nerval, que en el eclipse muestra mejor que nunca su corona. Llamar a Cernuda poeta del siglo XX o, como quiere Carlos Pelegrín-Otero, poeta de Europa, significa situarlo al lado de Rilke, Pessoa o Eliot. Su destino común no es sólo haber consumado el genio de su idioma, sino ser el crisol de lo que sus respectivas tribus sintieron en un siglo que vio emerger la violencia con nueva intensidad, siempre en nombre de los valores de la civilización. Ante esta barbarie de los otros, nuestros poetas oponen la pureza del hombre solo, "hijo único de desnudo pensamiento".

***

El barrio es hondo y antiguo. Sus casas señoriales, que uniforman con su diversidad la armonía de la calle Francisco Sosa, alternan con heroicas accesorias que han resistido el paso del tiempo y la especulación inmobiliaria. Medio siglo después de la muerte de Luis Cernuda, antiguo habitante de Coyoacán, fachadas, plaza, iglesia lucen, ciertos días y en horas determinadas, tal y como el poeta las recorrió cientos de veces. Los fines de semana, el barrio es ocupado por gente en sus años verdes, que rinde homenaje a los versos "El sol que dora desnudos cuerpos juveniles y sonríe en todas las cosas inocentes".

Tras el portón de la casa marcada con el número 11 de la calle Tres Cruces, casa de los Altolaguirre, que abrie-

ron sus puertas al amigo sin familia y sin ajuar, aún brilla el jardín donde el poeta conquistaba la tregua necesaria, él que en parques, cementerios y ruinas halló motivos para la epifanía traducida en extensos poemas meditativos o en versos fulminantes que ya forman parte del patrimonio mayor de la memoria. De aquí salió su cuerpo el 5 de noviembre de 1963, rumbo a la funeraria Gayosso y luego al Panteón Jardín, sembrado de cipreses, género de árbol que su amigo Gerardo Diego llamara "enhiesto surtidor de sombra y sueño".

Cuando el 5 de noviembre de 2002 se cumplió el centenario del nacimiento de Cernuda, los periódicos españoles rindieron al poeta un homenaje involuntario. No mencionaron su aniversario, pero sí la noticia de que la Guardia Civil Española permitía a las parejas homosexuales convivir en una misma habitación. En la huerta de San Vicente, en Granada, el viento que requebraba a Preciosa estremeció las frondas de los árboles y penetró en las habitaciones de Federico García Lorca para confirmar al ángel que para el poeta la muerte es la victoria.

La última década de su vida, Cernuda quiso vivir en México; agotó las calles de la capital y viajó a algunas ciudades del interior; el mar de Acapulco le trajo de regreso el esplendor de Málaga, ése donde fue más feliz de lo que alcanzaba a vislumbrar su juventud atormentada. El sol, el aire y la gente le devolvieron su Andalucía —más cierta en el alma que en la realidad—, y le dieron la pauta para escribir los poemas en prosa que constituyen *Variaciones sobre tema mexicano*. No es casual que también en México preparara la edición definitiva de *Ocnos*, aparecida póstumamente. Cuando Cernuda llega a México, los Contemporáneos —que pudieron haber sido los suyos— habían dejado de ser los Contemporáneos y entraban en la entonces peligrosa definición de nuevos clásicos. Sin embargo, del grupo trató solamente al pintor Manuel Rodríguez Lozano, a quien dedicó precisamente *Variaciones sobre tema mexicano*. Como colaborador constante en medios periódicos, se incorpora a un grupo más joven, el de la llamada generación de medio siglo. En las páginas del suplemento *México en la Cultura*, dirigido por Fernando Benítez, aparecen numerosas colaboraciones de Cernuda.

Dos ilustres paisanos suyos lo habían antecedido en su amor mexicano: Juan Rejano y José Moreno Villa, con *La esfinge mestiza. Crónica menor de México* y *Cornucopia de México*, respectivamente. Sin embargo, mientras Rejano y Moreno Villa transforman sus observaciones en crónicas o breves ensayos, Cernuda enfrenta México con los recursos de su sensualidad y su arsenal exclusivo de poeta. No obstante valerse de la prosa, Cernuda busca el equivalente correlativo, concepto aprendido en Eliot. El libro de Cernuda apareció en la colección México y Lo Mexicano, que pretendía precisamente

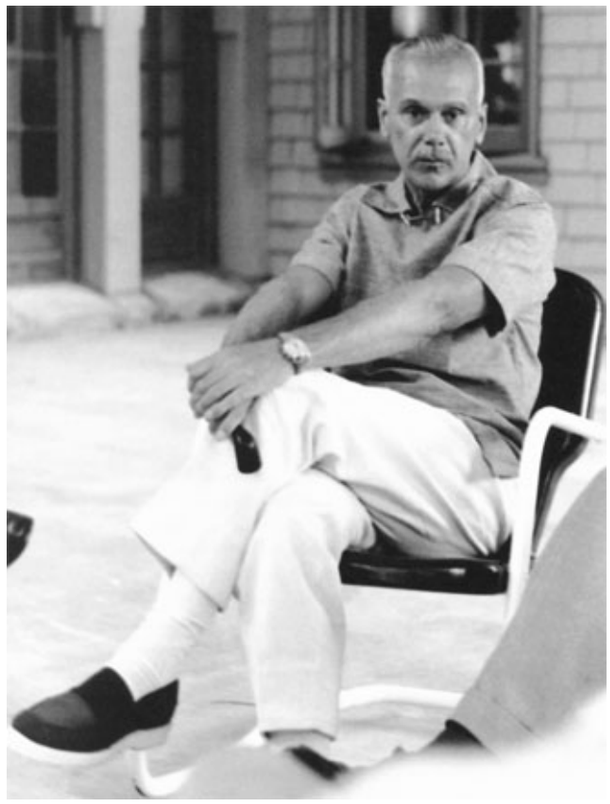
© Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid

En la azotea del núm. 4 de la calle Mayor, Madrid, otoño de 1928

nuevas lecturas de lo nacional, y revela el impacto —emotivo, sensual e inmediato— que el país tiene para Cernuda. Si bien el libro es publicado en 1952, desde 1951 comienzan a aparecer textos aislados en las revistas *Ínsula* de Madrid y *Orígenes* de Cuba.

Reconocimiento, simpatía y amor. La gradación tiene lugar a partir de que el poeta cruza la frontera desde Estados Unidos. Amor contradictorio y amargo, que le devuelve sensaciones de domesticidad, pero también de la desolación de la tierra nativa. Poco a poco, el fervor mexicano se desdobla en tres: el amor a la tierra, el amor a la lengua y el amor a la laxitud —entrega, indolencia del cuerpo—. Las tres emociones aparecen fundidas en el poema "La posesión": "En un abrazo sentiste tu ser fundirse con aquella tierra; a través de un terso cuerpo oscuro, oscuro como penumbra, terso como fruto, alcanzaste la unión con aquella tierra que lo había creado. Y podrás olvidarlo todo, todo menos ese contacto de la mano sobre un cuerpo, memoria donde parece latir, secreto y profundo, el pulso mismo de la vida".

Espíritu solar, en México Cernuda se entrega a sus emociones, él que todo lo captaba primero en los sentidos y luego en el espíritu. *Variaciones sobre tema mexicano* quiere ser la bitácora que, como la del auténtico viajero, se escribe en el alma. Fiel a la lección de John Ruskin, quien lo enseñó a evadir la falacia patética y la



© Colección de Carlos Peregrín Otero, Los Ángeles

En el Lago Arrowhead, sur de California, verano de 1960

emoción inmediata, no menciona sus sitios poéticos con mayúscula, sino los crea. Adivinamos, en uno, la terraza del Castillo de Chapultepec; en otro, los canales de Xochimilco. Le importa siempre, con base en la experiencia externa, crear un espacio interior, develado por el poeta para hacernos mirar con nuevos ojos lo que siempre ha estado ahí. Los puentes entre la Sevilla de la infancia y el presente de Glasgow son producto de la memoria; aquéllos que vinculan a España con México nacen de verduras análogas, de terrazas que están o estuvieron en otra parte más allá del océano. Sin embargo, la devoción por lo que formaba, a sus ojos, *lo mexicano,* nacía paralela a su enamoramiento por un nativo de esta tierra. Ser parte de otro significa adueñarse de su territorio, poseerlo. Por eso sus poemas no son estampas del turista deslumbrado por el paisaje extranjero, sino testimonio de una mutua y enriquecedora posesión.

Cernuda vino a México por primera ocasión en 1949, durante las vacaciones de verano, pues era profesor invitado en Mount Holyoke. Debido a su relieve biográfico, importa subrayar lo que dice respecto a su amor mexicano en las páginas de "Historial de un libro", confesión y autobiografía ejemplares: "Creo que ninguna otra vez estuve, si no tan enamorado, tan bien enamorado, como acaso pueda entreverse en los versos antes citados, que dieron expresión a dicha experiencia tardía. Mas al llamarla tardía debo añadir que jamás en mi juventud me sentí tan joven como aquellos días en México; cuántos años habían debido pasar, y venir al otro extremo del mundo, para vivir esos momentos felices".

Para comprender el sentido de la frase "estar bien enamorado" es preciso recordar las frustraciones latentes detrás de sus amores juveniles, así como de los poemas que dan testimonio de ellos. Como joven amante, Cernuda se entrega frontal y totalmente, y fracasa. Como hombre maduro, recibe lo que aquel joven habría anhelado. "Poemas para un cuerpo" es un libro más decisivo en la vida que en la obra de Cernuda. Ante el esplendor del enamoramiento y bajo la oscura luz de la historia terminada, Cernuda tuvo algunos de sus instantes vitales más intensos, aunque los poemas, en sí, no sean memorables. Crítico y autocrítico, Cernuda confesaba que no siempre había sido capaz de establecer la distancia necesaria entre el hombre que sufre y el poeta que crea. De ahí que podamos confiar en su testimonio cuando afirma que "*Poemas para un cuerpo* son... entre todos los versos que he escrito, unos de aquéllos a los que tengo algún afecto". Cernuda no tiene prejuicios en mencionar la palabra *cuerpo,* y que el inspirador de los poemas era alguien que hacía del fisiculturismo y de la actividad física los ejes de su vida. Al poeta maduro ya no le interesa llegar al alma a través del cuerpo sino, en una muy particular forma de mística, tener acceso al cuerpo sin las trampas del corazón. Naturalmente, no logró esta separación: la realidad volvió a estar separada del deseo.

Son numerosas las historias e imágenes de los habitantes de la Ciudad de México que lo vieron por la urbe que, caminante y solitario como era, conoció hasta agotarla. Cernuda y la ciudad. Miremos parte de ese álbum fotográfico, instantáneas impresas —ya para siempre— en pupilas mexicanas: Cernuda y el autobús Colonia del Valle, donde se sentó al lado de un adolescente que leía un libro de poemas, pretexto para la conversación en la que el joven, llamado Enrique González Rojo, le comunicó su parentesco con el abuelo ilustre. Cernuda y los martinis del Sanborns de Lafragua, donde iba a festejar su cumpleaños de hombre solo. Cernuda en las oficinas de Hacienda, llenando la puerta con sus suéteres ingleses, saludando a Octavio G. Barreda y Fausto Vega. Cernuda en los pasillos de la Facultad de Filosofía y Letras, vestido con la elegancia excesiva que es en el fondo blindaje del solitario. Cernuda en los salones de clase, impartiendo una cátedra aburrida en un salón semidesierto, para confirmar la regla de que los buenos escritores son malos profesores. Cernuda en la tertulia del Hotel del Prado, donde Sergio Fernández lo mira transfigurarse desde su llegada rígida, hasta la locuacidad que lo animaba al hablar de los poetas ingleses con familiaridad y cercanía, como si acabara de tomar el té con ellos. Cernuda a la salida del Palacio de Bellas Artes, recorriendo a pie los diez kilómetros hasta Coyoacán, alimentado por la luz de Mozart; Cernuda grabando sus poemas para el disco editado por la Universidad Nacional Autónoma de México para la serie

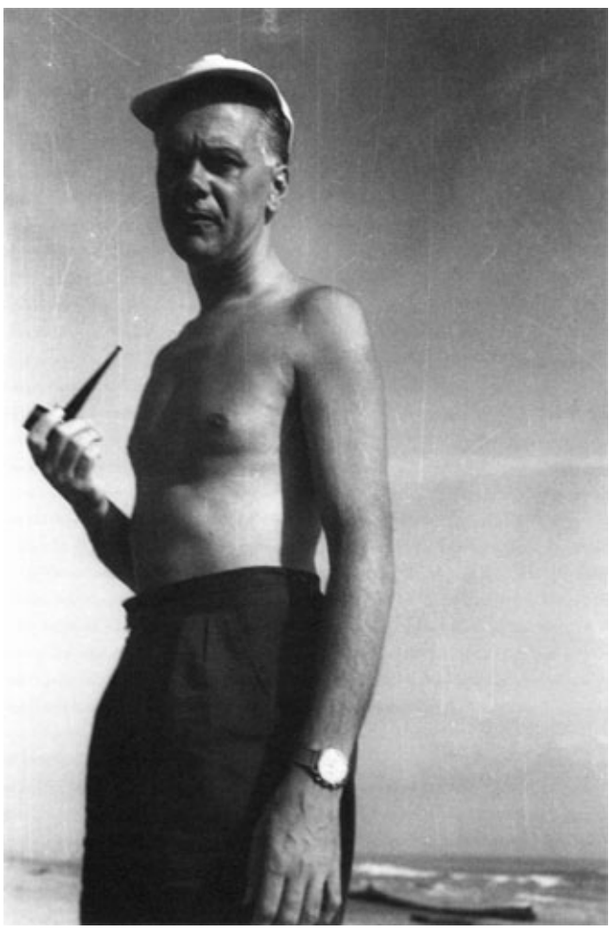
Voz Viva, en una cinta casera que no elimina el modo seco, urgente, con que pasa de un poema a otro, timbre metálico y bajo, voz discreta y honda que tiende a no hacerse notar, como el Góngora de su poema que sólo salía amparado por la penumbra, para que menos se notara "la bayeta caduca de su coche y el tafetán delgado de su traje". Cernuda en el ataúd flamante de Gayosso, el rostro impecablemente afeitado, y Guillermo Fernández —único poeta mexicano que lo veló toda la noche— estableciendo, a través del vidrio, el vínculo que no pudo darse en vida.

Debemos a Paloma Altolaguirre varias imágenes de un Cernuda distinto al de la leyenda: amante de los niños y los perros, a los cuales aplicaba apodos y apellidos, asistente a la iglesia de San Juan Bautista, siempre y cuando no hubiera misa, y al ciclo de canto gregoriano que organizó la Universidad Iberoamericana. Salía poco y apenas recibía visitas. Una de ellas, la de Octavio Paz, quien ha dejado una instantánea magnífica de la visión que le proporcionaba el poeta entre la penumbra del jardín. Sus últimos días, de manera no tan inconsciente, preparó su último viaje. Concha Méndez lo recuerda indiferente a la correspondencia, la cual tiraba al cesto de basura sin haberla abierto, pero al mismo tiempo con accesos de jovialidad y de ternura.

Acaso porque murió en un día cercano al de Todos los Santos, Luis Cernuda regresa más intensamente hasta nosotros, enfundado en su elegancia excesiva, refugio y armadura del solitario: recorrerá los lugares donde la conciliación —como la felicidad— se daba sólo por instantes: ante un pastel de mil hojas en el café del cine París: gozoso como niño ante los cucuruchos de camarones que solía comprar en puestos callejeros; como los verdaderos solitarios —Pessoa, Lovecraft, López Velarde—, Luis Cernuda tenía hábitos de niño: comer solo y lo que se antojaba, no respetar las convenciones, hacer del cine o la sala de conciertos su dominio exclusivo: travesuras del *dandy* que no desea cumplir con los rituales burgueses de los otros. De tal manera, el hombre cercano a los sesenta años rendía homenaje al joven que treinta años antes, en la antología de Gerardo Diego, subrayaba su iconoclasta declaración de fe: "No sé nada, no quiero nada, no espero nada. Y si aún pudiese esperar algo, sólo sería morir allí donde aún no hubiese penetrado esta grotesca civilización que envanece a los hombres". Luis Cernuda leyendo a Garcilaso ante un grupo de alumnos indiferentes en la Facultad de Filosofía y Letras; entrando en un cine para "vivir sin estar viviendo"; celebrando la belleza física del cuerpo en una pelea de box en la Arena Coliseo; apagando por última vez la luz de su cuarto en Tres Cruces 11, corazón de Coyoacán, sabiendo, en el fondo, que a la mañana siguiente tenía cita, a primera hora, con aquella que no dejaba a los Cernuda llegar a los sesenta años. Paloma Altolaguirre lo encontró en el piso, recién afeitado, la pipa en una mano y los cerillos en la otra. Limpio de cuerpo, manifestaba su lealtad a uno de sus textos: "Tal vez sea mejor vivir así, desnudo de toda posesión, dispuesto siempre para la partida".

El cementerio Jardín es grande pero íntimo. En la fosa 48, fila 4, sector C, yace bajo una lápida que tiene la sobriedad de sus actos terrestres: "Luis Cernuda Bidou. Poeta. Sevilla 1902 - México 1963". La tumba de granito es sencilla, de una sencillez tan inmediata que linda con la indiferencia. En Luis Cernuda, con Luis Cernuda, esta palabra tiene un doble sentido. Aun en la megalópolis del tercer milenio, el cementerio es la isla de silencio que defendió a lo largo de su existencia. En días pasados un admirador anónimo depositó una maceta de plástico con flores violetas, convertidas en símbolo personal gracias a los versos que el sevillano dedicó al poeta romántico en el poema "A Larra, con unas violetas" y que, como otros muchos versos de Cernuda, sirven para dialogar con él, para ser su epitafio:

Si la muerte apacigua
Tu boca amarga de dios insatisfecha,
Acepta un don tan leve, sombra sentimental,
En esa paz que bajo tierra te esperaba,
Brotando en hierba, viento y luz silvestres,
El fiel y último encanto de estar solo.



© Archivo de la Residencia de Estudiantes, Madrid

En Acapulco, años cincuenta